

Casi un empate

JOAQUIN RABAGO

CURIOSO país Suecia, donde en sólo tres años de gobierno unos partidos de derechas llevan a cabo más nacionalizaciones que la izquierda en cuarenta y cuatro años de poder. Lo que los socialdemócratas se resistieron a hacer hasta el último momento, lo acabaron haciendo —la crisis de ciertos sectores básicos obligaba— centristas, conservadores y liberales juntos. Es decir, la tríada de partidos "burgueses" —como se los llama en Suecia— que relevaron a los socialdemócratas de Palme en septiembre de 1976.

Ha sido realmente, el de esos tres partidos burgueses, un interregno sin demasiada brillantez. No en vano se quejaba cierto diplomático sueco de que donde quiera que fuese oía a la gente hablar de Suecia como de un país socialdemócrata. Exactamente como si nadie se hubiese enterado del relevo conservador. Y es que cuarenta y cuatro años ininterrumpidos de presencia en el poder dejan su huella. Imagínense ustedes algo semejante en España, sólo que con la UCD de don Adolfo Suárez en lugar del SAP (Socialdemokratiska Arbetarepartiet) de Olof Palme.

El caso es que, a finales de 1976, los suecos decidieron, por medio de las urnas, concederse a sí mismos un respiro, enviando al político más famoso de Escandinavia a la sombra de la oposición para que allí realizara una siempre saludable cura de humildad. Algo que siempre les viene bien a los hombres de gobierno, y que justamente posibilita la —tan denostada por algunos— democracia burguesa.

A vueltas con los impuestos

Después de la derrota socialdemócrata —relativa derrota, pues con un 42,7 por ciento de los votos seguían siendo, con mucho, el partido mayoritario—, vendrían las explicaciones de los analistas políticos. Los suecos habían demostrado estar hartos de

pagar impuestos. Y la prensa traería por enésima vez a colación los casos de dos famosos abrasados por el implacable fisco: el director de cine Ingmar Bergman, quien optó por hacer las maletas y largarse sin más a los Estados Unidos, y la escritora de cuentos infantiles Astrid Lindgrén, a la que Hacienda reclamaba nada menos que el 102 por 100 de sus ingresos.

Casos excepcionales al margen —la media de impuestos pagados por el ciudadano sueco oscila en torno al 50 por 100 de lo que gana—, lo cierto es que, a cambio de tan sustanciosas contribuciones, Estado y municipio ofrecen a la comunidad toda una serie de servicios que en otras latitudes ni se sueñan.

Pero aparte del tema fiscal, los analistas políticos adujeron también otra razón importante del fracaso socialdemócrata: la obstinada campaña pronuclear de Palme. Si hay, en efecto, un pueblo especialmente sensible a todo lo que sea la destrucción del propio medio ambiente, es el sueco. ¿Cómo privar a un sueco —a un escandinavo en general— del placer de pasar sus largos fines de semana en una pequeña cabaña de madera, sin luz eléctrica ni ningún otro signo de los tiempos, al borde de un río o de un lago sin contaminar? Algo, dicho sea entre paréntesis, cada vez más difícil por culpa de las tan poderosas como indispensables industrias madereras y papeleras.

La batalla nuclear

Con todo, el partido de Olof Palme no quiso o, tal vez, no supo valorar el estado de opinión en ese momento mayoritariamente antinuclear entre la población sueca y siguió insistiendo en su propuesta de un total de trece centrales, de las cuales seis ya estaban en funcionamiento.

Ambos temas, el de los impuestos y el nuclear, cierto disgusto con la creciente burocracia, todo ello unido a algún que otro pequeño escándalo protagonizado por políticos socialdemócratas, y



El socialdemócrata Olof Palme, en plena campaña

el deseo natural de la gente de ver caras nuevas en las primeras páginas de los periódicos, hicieron que, en las elecciones de hace tres años, los suecos se inclinaron ligeramente hacia los partidos no socialistas, que de esa forma lograron romper el largo monopolio del poder por parte de la izquierda.

El frente burgués entonces creado no iba a resultar, sin embargo, ni mucho menos homogéneo. El partido que

había conseguido el máximo de votos (un 24,1 por 100) después de los socialdemócratas, el llamado "partido del centro" (antes, "agrario") gracias únicamente a las promesas "verdes" de su líder, Thorbjörn Fälldin, no pudo mantener lo prometido durante la campaña —a saber, que no se construirían más centrales nucleares y que se paralizarían hasta 1985 las que ya estaban en funcionamiento—



electoral.

votación parlamentaria, a diferencia de los ahora resentidos centristas, que votaron en contra de su antiguo aliado. La abstención del partido de Palme permitió a los liberales gobernar en solitario, sin centristas ni conservadores. Seguramente pensaron los socialdemócratas que, al ser como ellos pronucleares y, hasta cierto punto, también reformistas, los liberales podrían resolverles provisionalmente la papeleta y evitarles así el desgaste hasta las siguientes elecciones.

Tras negociaciones con socialdemócratas y conservadores, Ullsten presentó al Parlamento un plan energético que establecía en doce el número de centrales que serían definitivamente construidas. Pero ocurrió mientras tanto lo de Harrisburg. Aquel accidente en la central norteamericana de Three Miles Island iba a reforzar la posición del bloque antiatómico (centristas, por un lado, y el minúsculo —un 4,8 por 100 de los votos— partido comunista, por otro), al intensificar la corriente de opinión en contra de las centrales nucleares. La reacción popular fue tal que la propia dirección socialdemócrata, en un hábil cambio de actitud, decidió finalmente aceptar la celebración de un referéndum al estilo austríaco —tal y como habían propuesto en su momento los centristas de Falldin— para marzo de 1980, esto es, para después de las elecciones.

Fondo de asalariados: marcha atrás

Aparte de ese oportuno —u oportunista, según se mire— viraje de los socialdemócratas en el tema nuclear, pocas novedades importantes ofrecían los programas para las elecciones del pasado domingo respecto a los de septiembre de 1976. Los tres años de interregno burgués apenas si han cambiado el panorama, si exceptuamos las ya mencionadas nacionalizaciones en los sectores siderúrgico, maderero y de construcción naval. La poderosa industria farmacéutica sigue, como siempre, en manos privadas.

Los socialdemócratas se mostraron esta vez acaso más cautos en sus propuestas fiscales. Pedían, por ejemplo, una reducción del 10 por 100 en los impuestos municipales —que suponen normalmente

al ciudadano hasta un 20 o un 25 por 100 de sus ingresos—, así como en el impuesto sobre la renta, fuertemente progresivo en Suecia. Como compensación proponían un nuevo impuesto llamado de "factores de producción" de carácter lineal: contribución que debería correr conjuntamente —aunque en distintas proporciones— a cargo de la empresa y los asalariados.

Su programa ofrecía asimismo mayores garantías de empleo, en un momento en que el paro afecta en Suecia a cerca de 200.000 personas (aunque muchas de ellas están inscritas en cursos de reciclaje), así como —en clara competencia con el partido liberal— un incremento de las asignaciones concedidas a los padres durante los nueve primeros meses de la vida del niño. La ley sueca concede actualmente a los padres la posibilidad de tomarse alternativamente hasta nueve meses de vacaciones pagadas a fin de ocuparse directamente de sus hijos. Posibilidad que hoy aprovechan más del 12 por 100 de las familias. A los padres que no trabajan se les ofrecen además treinta y dos coronas diarias —unas 500 pesetas— por hijo.

Por el contrario, la dirección socialdemócrata dio marcha atrás en el tema de los "fondos de asalariados" (fondos Meidner), propuestos por la poderosa confederación de sindicatos, LO, que agrupa a un 90 por 100 de los obreros suecos y es propietaria de la segunda compañía constructora del país, la BPA, así como de imprentas, Bancos, una cadena de 70.000 tiendas en régimen de cooperativa, un popular diario de la tarde, *Aftonbladet*, así como numerosas publicaciones de periodicidad diversa.

Esos fondos colectivos, alimentados por una parte —el 3 por 100 aproximadamente— de los beneficios de las empresas de más de quinientos trabajadores y convenientemente administrados por los sindicatos, debían servir para la adquisición de acciones de las mismas. De esa forma, al cabo de veinte o treinta años, los sindicatos podrían llegar a controlar la mayoría del capital de aquellas empresas donde se hubiese aplicado el sistema. Posibilidad ésta que sin duda asustó a la dirección de un partido bajo cuyo largo monopolio del poder el sector público no llegó a superar en ningún momento el 5 por 100

de la economía del País; tal es su aversión a las nacionalizaciones.

El país, demediado

Las continuas oscilaciones en los resultados provisionales de la consulta popular —a lo largo de la madrugada pos-eleitoral se fue atribuyendo alternativamente la ventaja de un escaño bien al bloque socialista bien al burgués— eflujan en cierta manera también la propia indefinición de los programas electorales de los partidos en liza. De la cual tal vez habría que exceptuar a las dos bandas extremas del espectro: los conservadores de Gosta Bohman, y el VPK (comunista, que trata de seguir una línea independiente de Moscú).

Los conservadores, que han registrado el máximo avance, son los más abiertamente pronucleares de los partidos suecos, propugnan la austeridad, el ahorro y la lucha contra la política fiscal socialdemócrata para salir de la crisis, pero son los que más dificultades han tenido siempre para formar alianza. Los comunistas son, por el contrario, antinucleares y partidarios de la introducción de nuevos impuestos sobre los beneficios de las empresas y los grandes patrimonios.

Estos últimos, así como los socialdemócratas, parecen haber subido también en porcentaje de votos con respecto a las elecciones de 1976. Los perdedores han sido sobre todo los centristas —tal vez los electores pensaron que, al tener que celebrarse en marzo el referéndum nuclear, no merecía la pena votar ahora a ese partido por sus solas promesas ecologistas— y también, aunque en menor medida, los liberales. Es decir, los que han tenido a sus respectivos líderes como primeros ministros en los tres últimos años.

Hay quienes predicen que, a pesar de la ventaja de unos dos mil votos que se atribuye, hoy lunes por la mañana, al bloque socialista, será finalmente el bloque burgués el ganador absoluto. En este caso, el interregno habrá dejado de ser tal. Pero las salidas políticas serán mucho más difíciles debido a las diferencias entre centristas, liberales y conservadores. Con los socialdemócratas, que suman más del doble de los votos conseguidos por el partido conservador, y los comunistas, las cosas estarían, pese a todo, mucho más claras. ■